

MAJO DELGADILLO

Cómo no ser vista

*Para Juliana: centro, fuerza y
hermanita de proporciones míticas.
Estás aquí.*

I.

Inés:

El día que nos volvamos a encontrar voy a darte este diario como una prueba.

Quiero escribir algo que te haga saber que todavía, a pesar de todo, hubo y hay cosas que son nuestras y que contienen la verdad, y que esa verdad nos pertenece. A nosotras.

Esa es mi misión aquí. Eso es lo que quiero contarte. Por eso te escribo.

La lista de las cosas que sé que son ciertas inicia así: me llamo Elisa, tengo quince años y no puedo llorar. Tengo una hermana. Se llama Inés. Nació tres años enteros antes que yo y hace tres años enteros que no nos vemos.

Esto también es cierto: la última vez que la vi era domingo.

Sé que quiero contar estas historias, la de Inés, la mía y la que nos une, pero no estoy segura de cómo comenzar. Por eso decidí hacerlo de la manera en la que aprendí que se empieza a contar lo que no tiene mucho sentido. Cuando éramos niñas, antes de que nada nos pasara todavía, aprendí a contar historias de esta manera: Inés me tomaba la mano, me sentaba frente a ella y me pedía hacer un recuento de las cosas que sabía. No me pedía las cosas que sabíamos juntas, sino solamente las que eran mías. El ritual se parecía siempre. El recuerdo es una espiral que se reduce a un puñado de certezas. Cuando éramos niñas, las cosas que sabía se reducían al universo limitado de la casa: nuestra habitación compartida, el pasillo que conectaba nuestra casa con la casa vecina y en el que ella me enseñó a andar en bicicleta, las horas de oscuridad en las que rezábamos juntas. Cuando éramos niñas iniciaba siempre igual. Tú eres mi hermana, le decía, te llamas Inés y naciste tres años enteros antes que yo.

A veces, el miedo a no saber se aparecía como un fantasma por las esquinas de la casa y yo lo presentía como algunas personas aprenden a presentir la lluvia. En esos días me aferraba a sus manos y comenzaba a contarle cosas. Entonces, previo al ritual, sentía el

cuerpo temblando como la tierra justo antes de recibir las gotas de agua. Ahora pienso en las cosas, en todas las cosas, de maneras distintas. A veces presiento la llegada de la incertidumbre como el calor o la sequía. Hay algo de silencio que reseca la garganta cuando trato de atrapar algo que sea cierto. Quizá es por eso, porque las cosas se parecen menos a la lluvia que al calor, que ahora ya no puedo llorar.

Lo último que mi hermana me dijo fue que los domingos le parecían los días más tristes del mundo. Por la noche apagó la luz de nuestra habitación, tras lavarse los dientes, y se acercó a mi cama a darme un beso. Sé que todas esas cosas son ciertas porque las recuerdo. Sé también que son ciertas porque Inés tenía una rutina que seguía todas las noches. Quizá esto podría también estar en la lista de todo aquello que sé que es cierto: lo más extraño a lo que me acostumbré fue a dormirme sin oír su respiración acompasada junto a la mía. Creo que supe, al escucharla quedarse dormida junto a mí, que ella y yo estaríamos unidas siempre y que lo que yo consideraba nuestra cercanía tenía sentido. Recuerdo llorar por la certeza de que había algo que no era mío ni de ella sino de las dos y que esa cosa sin nombre nos imposibilita escapar de la otra.

No sé cómo comenzar esta historia, la que quiero contar aquí, porque otra cosa que no sé es dónde está mi hermana. Pero esta no es una historia sobre buscarla y traerla de vuelta a casa. Creo.

Uno nunca se sabe toda su historia, me decía mi hermana, por eso te pido que me la cuentes.

Quizá por eso estoy aquí, contando una historia que no sé bien ni cuál es ni a quién le pertenece.

Desperté. Por los audífonos sonaba una canción que reconocí mucho después de haberla escuchado una y otra vez. Junto a mí, en el autobús, había un hombre leyendo mensajes en el teléfono. Miré su pantalla de reojo y alcancé a distinguir tres conversaciones. Pensé en lo fácil que es entrometerse en la vida de un desconocido. No lo miré a los ojos en todo el trayecto, pero supe cosas de él que no me hubiera dicho de otra manera. Qué iba a cenar, por ejemplo. Cuándo era la próxima reunión con sus vecinos para resolver el asunto de la recolección de basura. Me gustó saber esas cosas, coleccionar pedazos de la vida de un hombre desconocido como si fuera una detective.

Inés y yo nunca hablamos de irnos. Al menos no directamente. Nunca me dijo nada sobre huir, ni sobre el resto del mundo, ni sobre descubrir nada. Pero, al mismo tiempo, creo que todas nuestras conversaciones giraban alrededor de eso. Huir. Irnos. Dejarlo todo. A los diez años me enseñaron el concepto de «quemar las naves» en la escuela. Estábamos estudiando versos o dichos o algo parecido. No levanté la mano en clase cuando la maestra preguntó qué era lo que significaba. Me quedé pensando en la imagen de un barco incendiado. Cuando ella explicó el significado la imagen me pareció aún más hermosa. Dejarlo todo. No poder regresar. Cuando volví a casa le expliqué a Inés el significado de quemar las naves y, desde entonces, cuando alguna de las dos se enojaba, la otra pedía disculpas repitiéndola. Nos imaginaba como piratas dejándolo todo atrás: nuestro enojo y las peleas; y buscando algo más allá de lo que nos anclaba a la tierra que era nuestra habitación

y nuestra casa. Nunca hablamos de irnos, no con ese verbo, pero mientras leía los mensajes del hombre sentado a mi lado recordé a mi hermana diciéndome al oído que no debemos dejar que otros vean a quienes queremos. Eso, decía Inés, es solo una herramienta que ofreces para que los demás puedan hacerte daño.

No fui a la central de autobuses con un plan. Había ido muy pocas veces. Recordaba algunas cosas: los ventanales de cristal, el color gris, las filas frente a los mostradores. Cuando desperté esa mañana, simplemente decidí no ponerme el uniforme. Decidí salir por la puerta principal con una mochila a medio armar: apenas este cuaderno, unas playeras y algunos libros. No dije nada. No me despedí de mamá. Me fui, de hecho, ocultándome en el silencio de la rutina. Sabía que había un camión de transporte público que me llevaría hasta la central. Lo había visto correr fuera del centro comercial más cercano a nuestra casa. Caminé hasta la parada, pagué con la moneda con la que habría pagado el autobús para ir a la escuela y me senté junto a una ventana. Desde que me subí hasta llegar ahí, el trayecto fue de cuarenta minutos. Los conté, lentos y pesados, con cada número que cambiaba en la pantalla del reproductor de música. Recordé que, en la escuela, a las nueve de la mañana deberían estar comenzando la clase de ética. Pensé en la tarea que había hecho la noche anterior y que se quedó sobre el escritorio de la habitación: los derechos y responsabilidades de los ciudadanos. Cuando llegué a la central me senté en una de las bancas y, después de ver los horarios próximos de salida para los autobuses, comencé a escribir en este cuaderno. Sentí náuseas. Pensé en llamar a mamá, pero miré alrededor y no había teléfonos públicos. Me mordí las uñas. Me puse los audífonos.

Luego de una hora debatiendo qué hacer, me acerqué al mostrador de la única empresa en la que había viajado antes y pedí un boleto para el siguiente autobús. El que fuera. Costó todo el dinero que llevaba en el bolsillo del pantalón. Por la mañana, antes de salir hacia la central, había guardado parte de mi dinero en el

bolsillo y el resto en el calcetín izquierdo porque eso hacen las personas precavidas. No quería que se me cayera o que me lo robaran y quedarme sin nada. Era miércoles, estaba sola, y la mujer que me vendió el boleto ni siquiera me miró a los ojos. Era miércoles y, por primera vez en mi vida, me había hecho la pinta de la escuela. Era también el día del cumpleaños de Inés. Conté en mi cabeza uno tras otro los números hasta llegar a dieciocho. No iba a buscarla. Eso habría sido una misión imposible. No. Pensé, más bien, en celebrar su cumpleaños haciendo algo que la hiciera sentir orgullosa. Esa fue la convicción que me empujó a irme: el cumpleaños de Inés, sus dieciocho años irreconocibles y ajenos, y las ganas de que me viera y reconociera algo suyo. Su hermana. Su Elisa.

Nunca dejes que nadie vea a quienes quieres, decía Inés. Y, por eso, yo no iba camino a una búsqueda, sino en la dirección que habían señalado el horario y la coincidencia, sentada junto a un hombre a quien nunca iba a volver a ver, pero de quien ya sabía lo suficiente para poder imaginar un poco de su vida.

Cuando éramos bebés y no podíamos dormir, mamá nos sacaba en el auto a dar vueltas alrededor de la cuadra. Al menos así decía la historia que ella y mi hermana me contaron. Como consecuencia, cada vez que hacíamos un trayecto más o menos largo en coche, mi hermana y yo nos quedábamos dormidas. Por primera vez, en ese autobús, me hubiera gustado que el método antinsomnio hubiera sido otro. No sé por qué, pero me pareció importante mantenerme despierta y alerta. No me imaginaba que fueran a buscarme tan pronto. Aunque pensar en mamá cuando volviera a la casa y no me encontrara hizo que se me revoliera el estómago. Pero, de cualquier manera, me parecía importante sentir que estaba en control de algo. Me imaginé a mamá preguntándose qué clase de familia pierde a dos hijas de la misma edad. Me la imaginé llorando y golpeando las paredes. Me gustó esa idea. Me la imaginé desesperada, sentada en la misma silla en dónde la había visto

sentarse y esperar a Inés durante tantos días. Sonreí. Está bien que por esta vez me espere a mí.

Cuando desperté me sentí culpable y ligera al mismo tiempo. Por eso. Por fallar en mi intención de mantenerme alerta y por saber que, probablemente, cuando mamá regresara del trabajo y fuera a buscarme a la habitación vacía en donde no había ninguna nota, algo dentro de ella iba a romperse. Pensé en el concepto de *déjà vu*, aunque Inés y yo nos habíamos ido de maneras distintas. Ella, arrancada del lugar en donde algo le pertenecía. Yo, en cambio, iba camino a una ciudad en la que no había estado nunca y en la que planeaba celebrar las cosas que eran ciertas.

Hay ciertas ventajas en no poder llorar. Por ejemplo, todos tus compañeros de clase creen que nada puede lastimarte. Te separan. Te conviertes en un «otro» que está para siempre dividido por líneas invisibles de sus planes y su nosotros. A mí no me importa porque no quiero lidiar con ellos, ni con sus planes ni con sus pleitos. Así es como hice mi único amigo en la escuela. Jorge. Jorge, a quien los demás apodaban, en susurros, cosas como «el matón». Jorge, que usó una playera de los Misfits por debajo del uniforme todos los días de todas las semanas mientras duró el año escolar. Jorge, a quien había visto pelearse a golpes durante la hora de salida, a veces con compañeros de clase y a veces con chicos que nunca había vuelto a ver. Jorge y yo nos sentábamos al fondo del salón y compartíamos mis audífonos y hablábamos en susurros mientras los maestros dictaban historias de países de Europa que no nos importaban nada.

Nos hicimos amigos porque una vez me empujaron y, al caer, derrapé sobre el asfalto desgastado y caliente del sol del mediodía. La mitad exterior de mi pierna derecha, la que cayó deslizándose, de inmediato se transformó en una masa roja y encendida. Donde había piel, de pronto había carne. Me levanté sin decir nada, sintiendo el escozor. Se hizo un silencio súbito y expectante en el patio de la escuela y yo, adolorida pero sin poder llorar, me fui caminando a casa.

Al día siguiente Jorge se sentó a mi lado. Me dijo que le parecía que lo que había hecho era muy interesante. No dijo valiente o impresionante. Si hubiera dicho eso, es probable que no nos hubiéramos hecho amigos. Lo que dijo fue que le había parecido intere-

sante, y yo quise saber por qué. Él respondió, acercando peligrosamente sus manos pegajosas a las costras que habían comenzado a formarse sobre mi pierna, que pocas veces había visto heridas así. Le dije que ya casi no me dolía. Era verdad. No es un gran inicio, pero es el nuestro. Siempre he creído que Jorge en realidad se acercó a hablar conmigo porque le sorprendió que no llorara. Nunca se lo he preguntado.

A partir de ese día, otro regalo colateral fue que casi nadie más se nos acercó a hablar, y que nunca volvieron a empujarme ni a jugar a esconderme nada, como hacían con las otras chicas del salón. Los otros se convirtieron en una mancha borrosa que apenas se acercaba si algún profesor los forzaba a trabajar con nosotros. La escuela me parecía un lugar aburrido. Un trámite por el que había que pasar llenando páginas y páginas de apuntes y de respuestas correctas. Pero el poder de asustar a otros y de reconocer el inicio del miedo en sus rostros me interesaba. Me interesaba, de hecho, mucho más que los nombres de los ríos y de las capitales del mundo, o saber despejar una x en una ecuación simple.

Ahora que lo pienso, el día que perdí mi reloj también me alivió el no poder llorar. El reloj no era gran cosa, pero había sido de Inés antes de ser mío. Cuando ella desapareció, el reloj se quedó sobre el tocador con espejo y yo supe que era un regalo. El día que lo perdí había escarbado en la caja de las cosas que eran mías para vender algo. Un dije, una pulsera de oro que alguna vez usé alrededor de la muñeca, una colección de enciclopedias en casete a la que solo le faltaba la que explicaba los conceptos de las letras m a la q. Por alguna razón, a alguien le interesó el reloj. Había decidido ponerme a vender en aquel mercado improvisado al que había ido un par de veces con mi hermana a comprar ropa. Me emocionaba la experiencia de acompañarla ahí porque lo sentía casi como una misión secreta. Los sábados, alrededor de un parque, quien quisiera podía ofrecer cosas en bolsas de basura o en las cajuelas de sus autos. Yo todavía no sabía, o no había querido reconocer, que iba a despertar un miércoles

cualquiera, y en lugar de ir a la escuela y regresar puntual y emocionada a casa, iba a decidir irme sin decir nada. Lo que sí sabía era que necesitaba dinero. Que para hacer cualquier cosa en el mundo iba a necesitar dinero.

Me paré ahí, en la esquina en la que había menos personas, y abrí una pequeña caja de cartón donde había puesto lo que había encontrado: algunos libros, el dije, algo de ropa. Llevaba dos horas bajo el sol y estaba a punto de irme cuando alguien preguntó por el reloj. Sentí algo muy parecido al sonido de tela que se rasga, pero desde dentro del cuerpo. Sin mirar a los ojos del hombre le di el precio más alto que se me ocurrió por algo así. No sé por qué él quería ese reloj en específico, pero me pagó de inmediato. Yo lo observé hasta que ya no pude diferenciarlo de todas las otras personas caminando por la calle.

Ese día tampoco lloré.

Como me imagino que pasa con las sequías, lo que comencé a sentir fue un calor que llenó todo, desde los pies hasta la garganta. Quise gritarle al hombre que me arrepentía pero, para cuando reaccioné, no lo vi más. Así fue como perdí algo que no era mío. Así también encontré el dinero para el viaje.

Me gustaría poderle contar a alguien, sobre todo a Inés, que no poder llorar te permite imaginar que eres otra persona. Que a pesar de sentir dolor y vacío, la imposibilidad que se apodera del cuerpo se convierte también en una armadura o una suerte de disfraz. Algo que otros ven y sienten pero no pueden describir. Como un animal que sabe que está a punto de morir.

Ver a alguien que debería llorar y no lo hace asusta. Supongo que también eso es una ventaja. Saber que uno puede asustar a los otros es una manera de no permitirles que te vean. Una vez, juntos, Jorge lloró escuchando mi música. Creo que él sabía también algo sobre no dejar que te vean. Nadie más que yo lo vio llorando. Por su único audífono sonaba Nick Cave. Él lloró y yo lo vi y él me dejó verlo.

Así supe que éramos amigos. Así supe también cómo se siente ver y cómo se siente ser visto.

Por las mañanas nos quedábamos solas. Inés, con sus manos de dedos largos, me acercaba una taza con leche o té a la cama y, con esas mismas manos, trataba de desenredar los nudos que se hubieran acumulado por la noche sobre mi cabeza. Luego me acercaba la ropa, el uniforme de la escuela o cualquier otra cosa, y caminábamos juntas las cuerdas que nos separaban del edificio azul y blanco en el que pasábamos las siguientes horas sin vernos. Cuando sonaba el timbre de la salida, nos encontrábamos bajo un naranjo en la esquina izquierda del edificio. Mi hermana estaba acostumbrada a seguir rutinas que marcaban el paso de su vida cotidiana. No creo haberla oído quejarse al respecto. Lo que sí escuché siempre fue la certeza de sus pasos deslizándose por las mañanas y las noches.

No recuerdo a nadie que nos cuidara antes de Inés, pero debió haber alguna otra persona. De niña jugaba a intentar recordar quién. Mi padre, un abuelo o abuela, una niñera mágica salida de alguna película cursi. Nunca el padre de Inés. A él lo recuerdo apenas como un hombre cuyas manos me parecían una exageración de las de mi hermana. Debo haberlo visto muchas veces cuando pasaba por ella en un auto verde y mi hermana salía a la calle con una mochila pequeña, lista para irse de mi vida; pero sus manos son lo único que recuerdo con claridad.

Tampoco recuerdo esos días sin Inés. Antes de desaparecer, antes incluso de que habláramos de quemar nada o de los fantasmas que nos acechaban, antes de que ella se sentara frente a mí para enseñarme a respirar y contarme las cosas que son ciertas,

debimos pasar días separadas. Debió haber noches, muchas antes de la última, en las que no me besó antes de acostarse y en las que yo apagué el interruptor por mí misma.

Debió haber veces, antes, en las que fue nuestra madre o alguien más quien me despertaba para ir a la escuela. Pero mientras intento dibujarle al recuerdo otras voces y manos, vuelvo siempre a los días junto a mi hermana.

Nunca le conté esto a nadie, pero cuando le mencioné a nuestra madre que había muchas cosas que no tenían sentido sin Inés, ella solo dijo que debía de extrañarla mucho. Con eso supe que ni mamá ni nadie podían entender que no era solo eso. Lo que yo extrañaba no era a Inés, sino todas las cosas que tenían que ver con ella y con nosotras. La palabra casa. La palabra hermana. Las mañanas, todas y cada una, atrapadas entre sus dedos largos y lejanos.